
Jaime Erasto Cortés

Retrato de Enrique Fernández Granados



Época, escuela, corriente o movimiento no resultan únicamente del trabajo de vocaciones “excelsas”, de “altos” y “diáfanos” espíritus, sino también de esfuerzos y responsabilidades que corresponden cabalmente a una sensibilidad, a un gusto, al medio de expresión que el público reconoce y que busca. No todos se ubican en la vanguardia, no todos revolucionan, no todos son líderes o sumos sacerdotes, porque unos se conservan y se alimentan de una tradición, respondiendo a estímulos y circunstancias tanto lejanos como cercanos. Artistas, actores, cantantes, músicos, manifiestan, con distintos grados de intensidad y profundidad, lo que hay en ellos y en otros, y esos otros no representan una uniformidad, un todo, un único modo de ver y sentir las cosas. Por otra parte, recibimiento de público y recibimiento de crítica son distintos procesos. Dentro del segundo, se puede observar algo significativo: cuando un escritor da a conocer un texto su público está constituido por sus pares, por otros escritores que a su vez actúan como críticos, si no véase el caso de Enrique Fernández Granados, quien recibió atención valorativa, precisamente, de Urbina, Tablada, Gutiérrez Nájera y Nervo, aunque sus lectores no fueran en proporción numérica tantos como los de Amado Nervo, pues el poeta nayarita fue popular en vida y lo siguió siendo ya muerto. De su obra innumerables estudios se han realizado. Empero, la crítica literaria, al paso del tiempo, ha ido ajustando juicios y opiniones, que aquí habremos de revisar, así como los rasgos de la producción poética de Enrique Fernández Granados.

Nacido en la ciudad de México en 1866 y muerto en 1920,

no produjo una vasta obra como Nervo, ya que únicamente fue una decena, de entre la cual destacan *Mirtos* (1889), *Margaritas* (1891) y *Mirtos y Margaritas* (edición definitiva del año de 1894), si bien la amplió con traducciones de poesía italiana. Consecuentemente, no transitó largamente por la poesía contando de él mismo, confesándose en distintos tonos, buscando respuestas vitales, como lo hizo Nervo, pretendiendo ser místico o esotérico. Permaneció inscrito en la poesía anacreóntica y se acercó al romanticismo; su tránsito no fue tan dilatado como el de Nervo: del romanticismo al modernismo y de allí hasta casi el silencio. Si tuvo amores no los plasmó tan identificadamente como Nervo, pues no se le conoce una “amada inmóvil”, ni siquiera se le ve a él en distintas poses fotográficas o con uniforme de embajador como a Nervo se le puede observar en un álbum que el admirador más ferviente haría de su ídolo. No obstante podemos conocer a “Fernangrana” (seudónimo de Fernández Granados) a través de las palabras del propio Nervo:

En el fondo del salón que sirve de Biblioteca hay una plataforma; sobre esta plataforma, una mesa con algunos libros; frente a la mesa una silla de bejuco, y en la silla, un poeta joven, cantor de una Laura que no es la del Petrarca y decidido partidario de Lesbos. Ahí, en su puesto, inmóvil, adusto y meditabundo, parece (y yo no soy el autor de la frase) un ministro protestante que preside una reunión evangélica.

Cuando se pone de pie y permanece así algún tiempo,

su aspecto hierático, su rigidez cuasi-cataléptica, su mirada "verde" perdida en el azul, me traen a la memoria los éxtasis de los fakires.¹

¿Por qué, entonces, habremos de referirnos a Enrique Fernández Granados? Por lo anteriormente dicho, porque las manifestaciones humanas son de múltiples y variadas coloraciones, de contrastantes y complementarias facetas, porque el término medio no puede existir sin el ordinario y el superior. También porque lo sabido y considerado de la literatura mexicana del siglo XIX no se equipara a todo lo que dicho siglo nos ofrece y nos exige.

¿Por qué, entonces, habremos de considerar una vez más para una suma de quién sabe cuántas ocasiones a Amado Nervo? Porque el fenómeno de Nervo parece único en nuestras letras, ya que su renombre popular e intelectual experimenta tanto ratificaciones como rectificaciones.

Enrique Fernández Granados es conocido y reconocido como poeta anacreóntico, es decir, un seguidor de la poesía definida por la práctica del lírico griego Anacreonte y caracterizada por versos cortos y ritmo natural y gracioso, que canta el amor, el vino y la alegría de vivir. "El vino de Lesbos" es uno de sus más reputados textos:

Si queréis de mi lira
oír los sonos
dadme vino de Lesbos
que huele a flores.

Y si queréis que dulces
amores cante,
venga Lelia a mi lado,
y el vino escancie.

Pero no en cinceladas
corintias copas
porque el vino del Lesbos
se liba en rosas.

El 30 de junio de 1889, Manuel Gutiérrez Nájera escribió en *El Partido Liberal* lo siguiente:

La verdadera musa de Fernández Granados es verdaderamente el chupamirto [...] Para aligerar su vuelo, huye del consonante, huye del endecasílabo, y está más a gusto en esas breves y flexibles anacreónticas, en las que semeja el pensamiento algo muy sutil, aéreo casi, algo como una abeja que liba el jugo de las flores, sin posarse en ellas ni doblar sus pétalos. ¡Zumba, vuela y huye, estremeciéndose con la embriaguez!²

La nota de Gutiérrez Nájera no sólo destaca las características de la poesía de Fernández Granados sino también ejemplifica el estilo de la crítica en el siglo XIX, que parece competir con el del texto comentado, o que pugna por colocarse en un nivel



de expresión muy próximo al del poema: "¡Zumba, vuela huye, estremeciéndose con la embriaguez!" Gutiérrez Nájera amplía su comentario y señala que:

[...] el amor que canta Fernández Granados no es el amor sediento, enfermo, de muchos poetas modernos. Es el amor que se parece al placer; el deseo que se ha detenido en una mujer, cual la mariposa en una flor y que agita sus alas como diciendo: ¡ya volveré a otra!³

Quizá el poeta modernista tenía en mente versos como éstos:

Gloria los ojos levantó; resabios
aún quedaban del desdén; mas, preso
mirándome en sus ojos, sin agravios
inclinándolos fue, y al dulce peso
de su busto gentil, puse en sus labios
el alma... el alma convertida en beso.

("Octubre". En *Mirtos*)

A causa de ese estilo de la crítica novecentista ya señalado, resulta un tanto difícil calibrar adecuadamente los juicios y hay que remitirse a estudiosos más cercanos en tiempo y en forma de expresión como Octaviano Valdés, quien explica:

Su poesía está orientada por un erotismo sin ninguna preocupación ideológica, de puros sentidos [...] con fina elegancia, esquivando el dramatismo teatral de los románticos, o el sentimentalismo superficial de los pseudoclasicistas.⁴

Por todo lo anterior, se puede llegar a una primera conclu-

¹ Amado Nervo. "Fernangrana". En *Obras completas*. v. 2, p. 24.

² Manuel Gutiérrez Nájera. "Mirtos, de Enrique Fernández Granados". En *Obras. Crítica literaria*. v. 1, p. 350

³ *Ibid.*

⁴ Octaviano Valdés. Prólogo a *Poesía neoclásica y académica*, p. XXXIV.

sión: la poesía de Enrique Fernández Granados está constituida por imágenes limpias, tersas, apacibles, de fuerza matizada, regulada; no es explosiva, ni retórica, ni adornada. Por ello, Octaviano Valdés asegura que: "Su forma sí parece haber aprovechado la lección del Modernismo, en cuanto se despliega con limpieza y sobriedad que no es común entre los clasicistas".⁵ Una segunda conclusión ha de señalar que "Fernangrana" fue un poeta clásico, entendido el término como la concepción creadora que se nutre en la tradición, que se ciñe, que busca el equilibrio, pero es consciente de los nuevos gustos y apetencias, sin dejarse seducir por un romanticismo que exagera y un modernismo desbocado. Desde París, el 26 de septiembre de 1891, Ignacio Manuel Altamirano le dirigió a Fernández Granados una carta en que le decía: "Usted progresa, ideas e imágenes de una belleza inatacable, la forma clásica. Eso es griego o romano de los buenos tiempos".⁶

¿Qué indica José Emilio Pacheco al afirmar que por su respetabilidad los obispos Montes de Oca y Pagaza no podían tratar una dimensión importantísima de la poesía grecolatina, la del erotismo y el elogio del vino, y que por el contrario Fernández Granados se centró en ella? Que por su formación religiosa, no debían tomar como suyos tales asuntos y miraron mejor hacia el paisaje, hacia la naturaleza. Así, sus poemas, llevan títulos como "Plenilunio de septiembre", "Al sol" o "Al amanecer", "La huerta", "La cumbre". En cambio Fernández Granados voltea la cabeza y fija los ojos en la mujer, ya que su laicismo se lo permite. Varios de sus textos se titulan: "De Lidia", "A Lidia", "Irene". Leamos un cuarteto del primero:

Fácil Lidia me ama
fácil al ruego y al amor se inflama;
¡Y es, en las frías noches, más ardiente
Lidia, que el oro en el crisol candente!

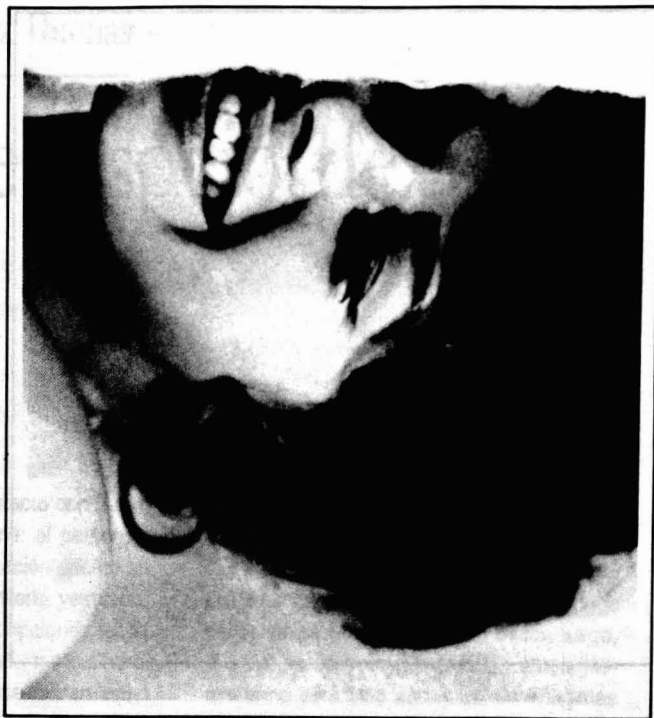
Pacheco agrega que sus breves libros "lo hacen uno de esos irremplazables poetas menores sin los cuales habría una quequedad en el conjunto de nuestra lírica".⁷ Tal declaración viene en apoyo de lo considerado en las primeras páginas de este trabajo, respecto a la importancia de las bases —como término sindicalista— en toda actividad humana y particularmente, por lo que se trata aquí, de la literaria. Pero estos poetas menores, como también los novelistas o los cuentistas del mismo rango, enfrentan un problema que los hace permanecer en ese nivel, porque su obra u originalmente fue de escasa divulgación o posteriormente no fue reimpresa a pesar de haberse agotado, o simplemente el transcurrir del tiempo la dejó en la memoria de algunos cuantos o en los estantes bibliotecarios. Por ello, Pacheco nos hace ver que "fuera de las bibliotecas especializadas y las breves muestras antológicas no existe ninguna posibilidad de leer hoy a Fernández Granados".⁸

⁵ *Ibid.*

⁶ Ignacio Manuel Altamirano. "Carta-prólogo a *Mirtos y Margaritas* de Enrique Fernández Granados". En *La literatura nacional*, v. 3, p. 270

⁷ José Emilio Pacheco. *Poesía mexicana* 1, p. 195.

⁸ *Ibid.*



Quizá, éste hoy melancólico también pueda girar la cabeza para dirigir su atención a décadas anteriores a la de los cuarenta —tan revivida actualmente— e idealmente hacia el siglo XIX. Ciclos como el que se celebra aquí, cumplen con ese cometido.

"En un convento vivía/ una monja que pasaba/ por santa, y que se llamaba/ la hermana Melancolía". "Con su escolta de rancheros,/ diez fornidos guerrilleros, y en su *cuaco* retozón/ que la rienda mal aplaca./ Guadalupe la 'chinaca' va a buscar a Pantaleón". "Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza! ¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!" "Era llena de gracia, como el Avemaría;/ quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!". "El día que me quieras tendrá más luz que junio,/ la noche que me quieras será de plenilunio".

Estos versos dieron a Amado Nervo gran popularidad y celebridad, pero también al paso de los años sirvieron para restarle autoridad poética.

Bernardo Ortiz de Montellano apunta cuatro factores fundamentales de su popularidad.

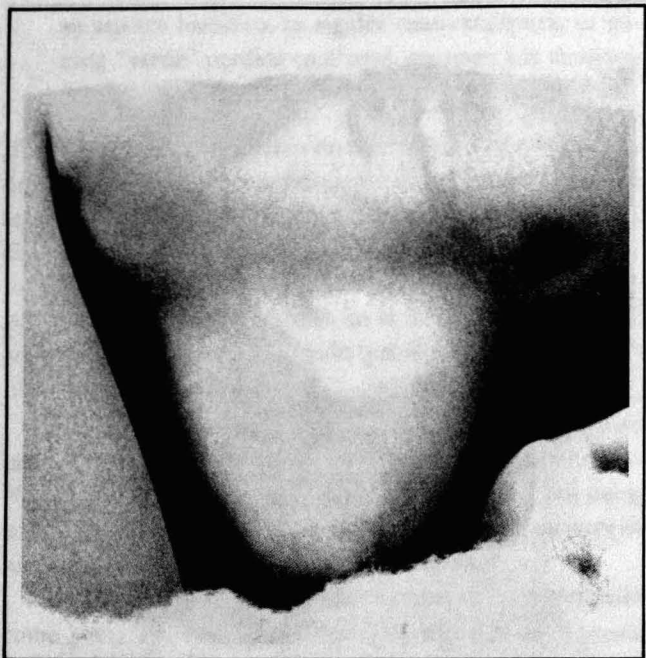
1. Su autenticidad comprobada en sus obras por "las anticipaciones o presentimientos que expresan de antemano el desarrollo de su propia vida".

2. Su poesía "se anticipó a los deseos del arte para el pueblo, de los que consideran que al pueblo hay que darle lo más fácil, como si fuese incapaz de comprender lo verdadero".

3. Su tono de confesión es "la razón del encanto divulgado por sus versos".⁹

Por lo que escribió Unamuno en el prólogo a *En voz baja* de Nervo, volumen 7 de la edición de las obras completas dirigida por Alfonso Reyes, parecería que se equivocó:

⁹ Bernardo Ortiz de Montellano. Citado por José Luis Martínez. *Literatura mexicana. Siglo XX*, p. 1151-152.



He aquí un poeta que no puede llegar a hacerse popular [...] Su poesía no puede ser popular, no puede obtener en un momento dado el sufragio de la mayoría. Pero tendrá siempre lo máspreciado, y es la sucesión de fieles minorías...¹⁰

Creemos que Unamuno no se equivocó, no porque se trate del gran escritor español, sino porque leyó de Nervo lo que permitió hacer tal declaración. *En voz baja*, como *Serenidad* y *Elevación*, es una obra que al decir de González Peña, González Martínez, Reyes, Darío, se aparta de lo exterior deslumbrante, con temas que fueron adquiriendo mayor hondura y gravedad, de tono discreto, de matiz medio, de colorido que no detona, que ha llegado a uno de los puntos más difíciles del alpinismo poético, a la planicie de la sencillez.

El conjunto poético de Nervo, amén de ser vasto, se muestra complejo, constituido por distintas etapas. Una de romanticismo "ingenuo" provinciano, con expresión enfática de sentimientos siempre tristes, siempre apasionados (Manuel Durán). Otro, modernista, central, de inquietud del espíritu contemporáneo, la angustia del vivir, la preocupación del más allá (Max Henríquez Ureña). Y la final, la de simplificación, que se aparta de la retórica modernista, sin abandonarla del todo y sin esforzarse demasiado por innovar técnicamente (Durán).

Pero esta consideración general no resuelve totalmente el asunto, pues cada obra exige de un cuidadoso análisis a fin de coincidir o diferir con el objetivo del poeta revelado en el título mismo. *Místicas*, por ejemplo, fue considerada expresión de religiosidad genuina, de necesidad de encuentro espiritual con Dios. Sin embargo, diferentes han sido las opiniones recientes que destacan más una religiosidad y un sensualismo, siempre a un paso de los amores sacrílegos (Durán), o la exaltación de la liturgia, o sea la mística reducida a símbolos y fórmulas (Enrique Díez-Canedo).

Además, Nervo fue un prolijo prosista de novela, cuentos, ensayos, retratos. Sus obras completas, por lo tanto, suman varios volúmenes, y si deseamos leer únicamente sus poemas, habremos de encontrarlos todos, utilizando una edición de ellos, en 638 páginas. Así que conocer literariamente a Nervo implica una gran empresa. Por ello, José Emilio Pacheco dice que: "La extensión de su trabajo hace más fácil desdeñarlo según las opiniones recibidas que tomar la decisión de leerlo"¹¹

Una dilatada producción literaria no llama, no clama al abordaje crítico. Si no, piénsese en la de Alfonso Reyes, un poco más de veinte volúmenes y de ella hemos conocido y reproducido "La mano del comandante Arana" y "La cena" (cuentos), "La visión de Anáhuac", (ensayo), "El deslinde" (teoría literaria), pero en años recientes una y otra proposición antológica han incluido otros textos y abierto la posibilidad de tener un mejor conocimiento de la obra de Don Alfonso, el Sabio. Y es ésta precisamente la propuesta de Manuel Durán:

A Nervo [...] urge salvarlo de ese sepulcro sin losa que son sus *Obras completas*. Siempre quedan mejor después de someterlas a una enérgica reducción, de achicarlas sin excesivo respeto a fin de que quepan en una antología.¹²

En esa antología habría de aparecer el poema "¿Qué estás haciendo, rosa?":

¿Qué estás haciendo, rosa...?

—Estoy en éxtasis.

—Agua, ¿qué estás haciendo?

Aparta, aparta;

Estoy copiando un ala

Estoy copiando un ala peregrina,

¡blanca, muy blanca!

¿Por qué precisamente este poema? Porque si confiamos en Alfonso Reyes, sabremos que:

[...] a pesar de la falta de originalidad, del carácter opaco de los adjetivos y las imágenes —de la escasez de imágenes y metáfora—, el poema tiene validez, se sostiene— Es, quizás, el último poema romántico; en todo caso pertenece al último poeta romántico. Después de Nervo, la poesía se complica, se hace más subjetiva, más difícil.¹³

Enrique Fernández Granados no necesita una antología sino la reedición de sus principales textos. No fue un poeta popular y sufrió las consecuencias, o tal vez ninguna y eso lo benefició. No estimuló la crítica en demasía y probablemente ello lo salvó para posteriores y mejores enjuiciamientos. En cambio Nervo sí necesita, sí fue, sí sufrió, sí estimuló. Cosas de la literatura. ◇

¹¹ Pacheco. *cit.*, p. 272.

¹² Manuel Durán. *Genio y figura de Amado Nervo*, p. 142.

¹³ Alfonso Reyes, citado por Manuel Durán *cit.*, p. 161.

¹⁰ Miguel de Unamuno. Prólogo a *En voz baja*, p. 11.